

Thibault Muzergues; *LA QUADRATURE DES CLASSES*, Bordeaux, Le Bord de l'Eau, 2018 (172 páginas), ISBN: 9782356875792

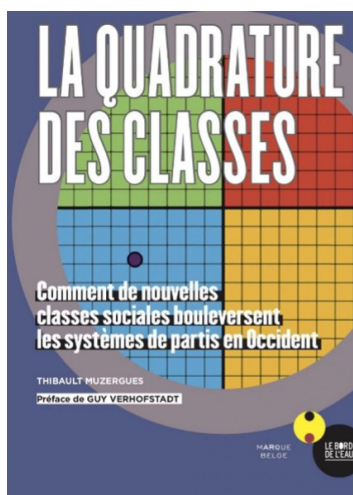
<https://doi.org/10.46661/rec.11376>

Eguzki Urteaga

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

ORCID iD: <https://orcid.org/0000-0002-8789-7580>

eguzki.urteaga@ehu.eus



Thibault Muzergues ha publicado su libro titulado *La quadrature des classes* (La cuadratura de las clases) en la editorial Le Bord de l'Eau. El autor, diplomado del Instituto de Ciencias Políticas y de la London School of Economics, es director del Programa Europa para el International Republican Institute, una ONG norteamericana que promueve la democracia en el mundo. Muzergues sigue la evolución de los partidos y de las corrientes políticas en el conjunto del continente europeo además de gozar de un estatus de observador privilegiado de la política norteamericana. Antiguo asesor en comunicación, ha trabajado para varios partidos políticos tanto en Francia como en Reino Unido. Está basado actualmente en Viena y colabora simultáneamente con diversas publicaciones, tales como *Le Monde*, *OpenDemocracy.net*, *democracyspeaks.org* o *Atlantico.fr*.

En la introducción, Muzergues indica que el eje izquierda-derecha no está sustituido por el eje abierto-cerrado, ya que, en este último caso, se sigue razonando en términos económicos al oponer los partidarios del libre-comercio a los del proteccionismo (p.21). Esta perspectiva no explica el auge del populismo de izquierdas ni la evolución de la derecha hacia temáticas identitarias y religiosas (p.21). Hoy en día, en numerosos países occidentales, el viejo sistema bipartidista es sustituido por un sistema cuadripartidista, "al menos en la expresión de la oferta política y en las [prácticas] electorales" (p.22). Se trata de una nueva realidad "que afecta de diferentes maneras, pero con las mismas causas y los mismos efectos, a toda Europa y a América del norte" (p.23).



Por lo cual, el objetivo de este libro es identificar y analizar las interacciones entre las nuevas clases sociales para realizar la cuadratura de las clases sociales (p.23). Según el autor, asistimos a "un cambio radical de nuestro espacio político, que es la conclusión lógica de una evolución sociológica iniciada desde hace varios años y acelerada por [la crisis]" (p.23). De hecho, "la política es un espejo de las divisiones de nuestra sociedad, puesto que, por definición, los partidos que participan en ella tienen como [misión principal] representar los ideales de los grupos sociales que la constituyen" (p.23). En ese sentido, "si es cierto que nuevas [clases] sociales han emergido durante estos últimos años, son más fluidas en su composición, su dinámica y su actitud hacia otros actores. (...) En otros términos, si [se produce] un retorno de las clases sociales como fundamento de nuestras diferencias políticas, sus relaciones no son necesariamente categóricas, especialmente porque [hay] cuatro actores en competencia para [acceder] y/o compartir el poder" (p.24). Por lo tanto, para dibujar el panorama político completo que emerge en Occidente, es preciso presentar los nuevos actores políticos que lo componen, es decir "las cuatro nuevas clases sociales que definen el debate público", y proceder a "un análisis comparativo de sus comportamientos y sus interacciones" (p.24).

En la primera parte, titulada "Estas nuevas clases que redefinen nuestro paisaje político", Muzergues constata que, desde la Revolución francesa de 1789, "la idea de una división política entre una izquierda y una derecha se ha progresivamente enraizado en nuestras mentes, [como consecuencia de la] ubicación de los diputados en la mayoría de los hemiciclos parlamentarios en el mundo y de las etiquetas necesarias al debate mediático" (p.27). En cuanto a los rasgos característicos de un responsable político de izquierdas o de derechas, "una perspectiva comparativa en el tiempo y el espacio nos muestra que no existe [una] respuesta sencilla" (p.28). Habitualmente, se subraya "una oposición económica entre partidarios y adversarios de la intervención del Estado en la economía nacional, pero no ha sido siempre así" (p.28).

A partir de los años ochenta y noventa, "a medida que el comunismo y, posteriormente, el socialismo (...) pierden [fuerza], los partidos políticos [adoptan] unas plataformas económicas liberales para tener una oportunidad de volver al poder y mantenerse en él" (p.28). A finales de los años noventa y durante la primera década del nuevo milenio, inspirándose en la "tercera vía" teorizada por Anthony Giddens (Blair y Giddens, 2002), Tony Blair y Gerhard Schröder hacen progresivamente desaparecer la distinción entre derecha e izquierda en materia económica generando "un consenso casi general sobre (...) las reformas de inspiración liberal y de promoción de las libertades individuales" (p.29).

El sistema bipartidista en torno al eje izquierda-derecha se difumina poco a poco a partir de la crisis de 2008. La crisis financiera y luego económica, se convierte en una crisis social y política al poner de manifiesto unas desigualdades crecientes y generando "unos movimientos de protesta que se transformarán en verdaderos cuestionamientos del sistema" (p.29). Estas críticas son formuladas por el movimiento Occupy Wall Street en Estados Unidos o el movimiento de los Indignados en España (p.29). En ese sentido, "la crisis de 2008 ha roto un gran número de tabúes societales y políticos y, de ese modo, ha hecho estallar el consenso que había [prevalecido] cerca de treinta años en Occidente" (p.30).

Por lo cual, se plantea la cuestión de saber si la vieja distinción entre izquierda y derecha sigue siendo pertinente (p.30). Ciertamente, "nuevos movimientos políticos se han formado en oposición al liberalismo económico, pero [se hallan] por el momento en los márgenes radicales [del] sistema político" (p.30). Por lo cual, el autor sugiere cambiar de perspectiva analítica. En efecto, en un contexto marcado por el declive de las grandes ideologías, una lectura sociológica de los partidos políticos, que aparecen como agrupaciones de intereses sociológicos para defender una visión que una [determinada] clase social tiene del país o de las instituciones, abre una perspectiva más interesante "para redefinir el [panorama] político actual" (p.31). De hecho, la explosión social provocada por la crisis económica está "en el origen de la nueva [realidad] política que [surge] hoy en día en Occidente" (p.31).

En el primer capítulo de esta primera parte, dedicado a la constitución de la clase creativa, el politólogo galo indica que la génesis de esta mutación social se halla en los años noventa durante los cuales la prosperidad económica y el liberalismo triunfante crean las condiciones de la transformación venidera (p.33). "Con la automatización de las tareas en la fábrica, el auge de las nuevas tecnologías, [así como] la mundialización y sus acuerdos de libre-comercio, como el Acuerdo de libre-comercio norteamericano (ALENA) (...), el tejido social de la posguerra

se desagrega poco a poco" (p.33). El modelo social de los Treinta Gloriosos (Fourastié, 1979) "era el de la clase media triunfante que reunía a una gran mayoría de la población. Ocupaba un centro político sin el cual ninguna victoria política era contemplable" (p.33). De hecho, "la clase media había conseguido crear un vínculo (...) fuerte en cada [país]: absorbiendo a una (...) gran parte de la población, (...) había permitido consolidar las naciones y, más generalmente, el vínculo social, en una época en la cual la lucha de clases (...) era una realidad social [y] política" (p.34). En ese sentido, el éxito de los países occidentales ha consistido en permitir a la gran mayoría de la ciudadanía identificarse a ese ideario de clase media (p.34). Esta clase había conseguido digerir a gran parte de la clase obrera, ya que los obreros se beneficiaban de una amplia protección social y su nivel de consumo les permitía entrever la posibilidad de poseer su propia vivienda y acceder a todo el confort doméstico (p.34).

Este modelo empieza a debilitarse en los años noventa y ese desmoronamiento se acelera en la década siguiente, "antes de amplificarse aún más tras la crisis financiera" (p.34). La economía se globaliza, "lo que significa una circulación [libre y total] de los bienes, de las personas y de los capitales (...): los obreros [de los países] occidentales, hasta entonces protegidos por las fronteras [del] Este y [del] Sur, [deben] enfrentarse a la competencia de obreros, a veces [tan cualificados como ellos], pero mucho más baratos. En una economía más automatizada y, sobre todo, robotizada, (...) los trabajos mecánicos y [rutinarios] se convierten en menos [valorados que el capital]. Sobre todo, las ideas y los procesos [ocupan] un lugar cada vez más importante en la economía" (p.35). A medida que Occidente se desindustrializa, "su tejido económico cambia, y los empleos de servicios y de producción abstracta (...) sustituyen poco a poco a los empleos industriales convertidos en no-competitivos. La [expulsión] de la clase obrera de una clase media cada vez más debilitada tendrá consecuencias [notables] sobre la primera" (p.35).

Ese cambio de modelo económico provoca la aparición de una nueva clase social influyente que se fortalecerá en los años 2000 para transformar en profundidad el mundo político tras la crisis de 2008. Se trata de la clase creativa (p.35) que está compuesta "por todas las profesiones intelectuales que implican la creación más o menos abstracta de nuevos procesos, técnicas o conceptos. Sus miembros se aproximan, por lo tanto, a los 'manipuladores de símbolos'" a los que aludía Robert Reich (1992). A medida que la economía del conocimiento se desarrolla, "especialmente con el auge (...) de Internet (...) y de los smartphones (...), los creativos han visto sus [efectivos] crecer", hasta el punto de formar una clase social como tal (p.36). "Esta clase creativa toma poco a poco conciencia de su existencia [así como] de su peso demográfico (...) a finales de los años 2000: es la que ha llevado Barack Obama al poder en 2008 (...) y, más cerca de nosotros, la que ha [propiciado] los ascensos de Justin Trudeau y Emmanuel Macron en Canadá y en Francia" (pp.36-37).

A medida que se afirma como clase social, "la clase creativa se ha forjado una identidad cultural que se ha [posteriormente] transformado en [un] compromiso político" (p.37). Su cultura propia se ha apropiado parte "de los antiguos tótems y tabúes de la sociedad precedente [pero] a contracorriente" (p.37). Esta clase es encarnada por la figura del burgués bohemio. Como lo subraya Richard Florida: "la clase creativa es la clase [productora] de los códigos de nuestro tiempo. (...) La individualidad, la expresión personal y la apertura a la diferencia son favorecidas en detrimento de la homogeneidad, la conformidad y la integración, que habían definido la época anterior [caracterizada por] la industria y [las organizaciones] de masas" (Florida, 2012: 10).

La economía creativa "está basada en la generación y la transmisión rápida de ideas en el seno de la empresa. Ese modelo de plazos cortos, de incertidumbre y de descubrimiento (de creación de conocimiento, de trabajo en equipo y de brainstorming) necesita espacios interactivos" (p.38). La clase creativa necesita, por lo tanto, "cadenas de mando horizontales, despachos en open-space para no frenar la circulación de ideas, y oportunidades de comunicación libre o [actividades de ocio] con sus compañeros para acelerar el proceso creativo" (p.38). Esta economía, "aliada a los avances de la tecnología y, especialmente, de los smartphones, ha convertido la frontera entre trabajo y ocio en tan porosa que [ambos] han fusionado totalmente en las profesiones ultra-creativas" (p.38).

Esto tiene consecuencias culturales notables, en la medida en que las personas trabajan constantemente y la idea de jornada laboral o de fines de semana sin trabajo ha perdido su sentido (pp.38-39). Pero, "los cambios culturales aportados por el auge de la economía creativa no se limitan a la relación al trabajo", ya que conciernen

igualmente el apego de la clase creativa a la diversidad, al ser fuente de ideas (p.39). Es la razón por la cual los creativos residen en los centros urbanos. De hecho, "para ser creativo y, por lo tanto, generar nuevas ideas, [el creativo] necesita diversidad: de opiniones, ciertamente, pero también de una diversidad cultural visible. (...) Por lo cual, la clase creativa necesita reinvertir unos barrios hasta entonces abandonados a las minorías étnicas, [así como] de diversidad [social], porque es precisamente la que [propicia] el contacto, la comunicación y, por lo tanto, la circulación de ideas" (p.39). En su búsqueda de diversidad, la clase creativa va a querer, "en la medida de lo posible, maximizar sus experiencias limitando los desplazamientos, [lo que explica su preferencia por] el trabajo a domicilio cuando es posible y [su apego al] conjunto de servicios [accesibles] a pie, en bicicleta o en transporte público" (p.40).

Asimismo, la clase creativa celebra la diferencia y la individualidad. Resulta de todo ello su defensa de las minorías de todo tipo, que sean étnicas, religiosas, culturales o sexuales. "De todas estas minorías, los [homosexuales] forman probablemente la que es la más [significativa] en el universo de los creativos" (p.40). Políticamente, "la búsqueda de diversidad de la clase creativa se traducirá por la multiplicación de gestos que [aspiran a] reparar unas injusticias [infligidas a las] minorías (...) que [reforzarán posteriormente] la coalición electoral construida a su alrededor" (p.41).

No obstante, su predilección por la diversidad esconde, a menudo, "un deseo de estandarización que promueve en todo el mundo" (p.41). De hecho, "se encierra, cada vez más, en unos esquemas únicos [que van] de la comida (...) a la música pasando (...) por las ideas que promueve" (pp.42-43). A su vez, el inglés se ha convertido en su única lengua de comunicación con los foráneos, ya que "encontrará, durante sus viajes, a otros creativos que hablarán también inglés, [negociando los precios] con los vendedores en inglés y pidiendo su café" en la lengua de Shakespeare (p.42). En ese sentido, bajo la apariencia de una búsqueda de diversidad, "es la uniformización de la lengua y de las experiencias de viaje que toma el ascendente, a pesar de la demanda de autenticidad formulada al inicio por el turista creativo" (p.42).

Esto crea un distanciamiento, que va en aumento, entre la clase creativa y el resto de la población, dado que "los creativos imponen unos códigos a unas sociedades en nombre de unos valores [supuestamente] universales que no son siempre compartidos" (p.42). Resulta de todo ello "una guetización de los territorios, con unos centros globalizados donde los creativos se aglutinan, y, poco a poco, en encuentran [inmersos] en un 'entresimismo' maquillado en diversidad" (p.42). En ese sentido, la clase creativa, que se caracteriza por su liberalismo social y su voluntad de proteger a los pobres y a las minorías, es también liberal económicamente y la "gran ganadora de la competencia internacional. (...) Ese modelo es el que ha aparecido en los años noventa con el auge de la 'clase de servicios'" (p.43).

En Estados Unidos, la renta de la clase creativa duplica la de la clase obrera y es superior aún a la de la clase de servicios. Estas diferencias no resultan de un empobrecimiento de estas dos últimas, sino de un enriquecimiento espectacular de la clase creativa. Esto crea una sociedad más desigual. Si esta situación es aceptable en periodos de crecimiento económico y de creación de empleo, que permite la implementación de políticas redistributivas, se ha convertido en insoportable desde el inicio de la crisis y la aplicación de políticas de austeridad que afectan especialmente a los más vulnerables (p.45). "La clase creativa, consciente de los efectos destructivos de su [auge] sobre la cohesión social de las sociedades occidentales, ha decidido cooptar a una parte de la clase de servicios (...) proponiendo redistribuirle una parte de su riqueza e incluirla, en parte, en su plataforma política" (p.45).

Las minorías étnicas son las principales beneficiarias de esta actitud, especialmente en Estados Unidos (p.45). La explicación de esta defensa de las minorías se encuentra en la propia naturaleza de la clase creativa. "Puesto que el creativo necesita diversidad para favorecer su creatividad, está naturalmente tentado de favorecer unas categorías sociales provenientes de la diversidad" (p.46). De esta forma, "se sentirá menos culpable de haber creado más desigualdades llevando a unas categorías sociales muy desfavorecidas hacia un estatus social más envidiable, y reforzará, [simultáneamente], el entorno variado que necesita para crear unos conceptos que podrá [posteriormente] convertir en ideas y experiencias enriquecedoras" (p.46). El problema es que, por una parte, "el proceso de redistribución de los recursos es incompleto", al olvidar sectores enteros de la clase obrera; y, por otra

parte, la revolución cultural llevada a cabo por la clase creativa se enfrenta a la incompreensión de otras partes de la población "que se sienten atacadas en su identidad y en sus tradiciones" (p.46).

En el segundo capítulo, que se interesa por la clase media provincial, el autor observa que, en oposición a los burgueses bohemios, se ha afirmado la clase media provincial cuya génesis es anterior a la de la clase creativa. Efectivamente, esta clase media provincial surge con el *New Deal* en Estados Unidos y la posguerra en Europa, "en una época donde los gobiernos nacionales (...) han decidido apoyar y consolidar su emergencia, apostando por el hecho de que dar a una amplia clase media un lugar en el sistema es la mejor manera de salvaguardar y garantizar la paz social" (pp.48-49). Si el modelo de los Treinta Gloriosos ha sido abandonado, persiste una clase media en las periferias de las grandes ciudades y en las ciudades de tamaño medio. "Se trata de una periferia provincial acomodada, [que reside] lo más a menudo en [barrios residenciales], a la que los *baby-boomers* y la generación X han sido acostumbrados" (p.49).

Esta clase se caracteriza por el hecho de buscar la integración en la comunidad vecinal, "con un hogar clásico para una familia nuclear que dispone de todos los equipamientos domésticos (...), [un] animal de compañía [si procede], y [para el cual] los coches [constituyen] un instrumento indispensable (...) para desplazarse de su domicilio a su lugar de trabajo" (p.49). En efecto, el coche, además de seguir siendo "el signo exterior de riqueza, un marcador de éxito" (p.50), representa una liberación, dado que, "sin él, [es] imposible ir al trabajo, llevar los hijos al colegio o hacer la compra" (p.50). Contrariamente a la clase creativa, "la clase media [provincial] vive fuera de los centros [urbanos, ya que] necesita [cierto] espacio para su jardín (...) y una respiración entre el domicilio y el trabajo", de modo que haya construido una separación entre su espacio laboral y su esfera personal (p.49).

A su vez, esta clase media ama "la rutina, las normas que se jacta de respetar en la medida de lo posible, (...) y no [le gusta] ser molestado en sus costumbres" (p.49). De hecho, "ha sido educado en el respeto de los valores tradicionales y [desea] conservarlos e inculcarlos a sus hijos" (p.50). Más allá del respeto de sí mismo, se trata de respetar a los padres y a los miembros de la comunidad (p.50). Su vida gira igualmente en torno al trabajo. "Esta ética del trabajo protestante, incluso en los países católicos, es la base del sistema de valores de la clase media [provincial]. El trabajo es, en efecto, la clave de cualquier éxito, sin [el cual] nada es posible" (pp.50-51).

Este sistema de valores se halla en contradicción con los valores de la clase creativa. "El contraste que resulta es fuente de tensiones constantes" (p.51). Efectivamente, "la clase media provincial está harta de [ser presentada] como [un] vestigio del pasado, sus miembros ya no soportan ser descritos como retrogradados (...) y ser acusados de obstaculizar el progreso" (p.51). Conservadores, porque se les asigna ese rol, consideran que deben preservar los valores cuestionados por el auge de la clase creativa. El tiempo apremia, puesto que "su peso demográfico disminuye con [el transcurso del] tiempo, su modelo se [debilita] y se siente, por lo tanto, amenazada en su modo de vida" (p.52). En reacción a lo que considera como una agresión, desarrolla sus anticuerpos y se centra inicialmente en unas temáticas precisas antes de involucrarse en movimientos más amplios (p.52).

La elección de François Fillon en las primarias del partido Les Républicains es "el reflejo de un retorno, todavía tímido, de la clase media provincial europea hacia la religión" (p.53). De hecho, durante la campaña electoral, Fillon ha recibido el apoyo de la derecha católica y, especialmente, de la base militante de la "Manifestación para todos" opuesta al matrimonio homosexual (p.52). "Enfrentada a lo que considera como una nueva ofensiva de neutralización de lo religioso (...) en la esfera pública llevada a cabo por la clase creativa, una gran parte de la clase media [provincial] la ha vivido como] una agresión, no tanto a su fe, [sino] a su identidad y a su estilo de vida" (p.53). Asimismo, el retorno de la religión católica se ha expresado con fuerza "tras los atentados [yihadistas] de 2015-2016 en Francia" que han traumatizado a la comunidad cristiana y han difundido la idea según la cual los católicos podrían convertirse en minoritarios en el Hexágono en un futuro próximo (p.53). Lo que está en juego, no es tanto "una ofensiva de las iglesias contra la secularización, (...) sino un retorno de lo religioso como factor [identitario]" (p.54). En esta óptica, "la identidad cristiana se ha convertido de nuevo en un factor de identificación [para] la clase media provincial" (p.54).

En esa lucha, "la clase media provincial encontrará un aliado de peso, e incluso un portavoz, en el [burgués brusco]" (p.55), sabiendo que éste es, a la vez, "un anti-burgués bohemio y un post-burgués bohemio, ya que no existe solamente en reacción a la clase creativa, sino que desea poner esta última ante sus [propias] contradicciones" (p.55). En efecto, "frente al auge de las desigualdades en los centros urbanos, el aumento de los precios de los productos [y servicios o] la uniformización de una cultura urbana estandarizada, (...) el burgués brusco se [asigna] como misión poner las cosas [en su sitio] y obligar el [burgués bohemio] a enfrentarse al aspecto negativo de su obra" (p.55). Esta figura social se aleja de cualquier idealismo y denuncia la maldad y la brutalidad de la vida social (p.55). Critica igualmente los creativos en todos los ámbitos, desde sus gustos musicales hasta sus hábitos alimenticios pasando por sus estilos de vida. Rechaza el matiz y la comprensión, la igualdad de género y la lucha contra las discriminaciones étnicas (p.56). Por lo cual, se opone a las reformas societales impulsadas por la clase creativa y se muestra nostálgica hacia el supuesto paraíso perdido que representaban los Treinta Gloriosos (p.56). Dado que se relaciona con la clase creativa y conoce todos sus códigos, sus ataques son "violentos y, a menudo, eficaces" (p.57).

Tanto la clase media provincial como los burgueses bruscos coinciden a la hora de querer desconstruir "la agenda societal de la clase creativa" (p.57). Esto no es contradictorio con su defensa del sistema. De hecho, si busca un retorno a un pasado idealizado, no tiene como objetivo hacer la revolución (p.58). En ese sentido, la clase media provincial apoya las reformas, sobre todo económicas, y manifiesta su apoyo al sector privado, a las bajadas de impuestos, y a la lucha contra los asistidos y los corruptos (p.58). "Porque tiene todavía intereses en el sistema actual que le garantiza una renta a plazo, e incluso una renta intrínseca (...), la clase media provincial no es anti-sistema. Intenta, al contrario, preservarlo oponiéndose a cualquier aventurismo societal y apoyando [las] reformas económicas de inspiración liberal", siempre y cuando no afecten sus intereses (pp.58-59).

En el tercer capítulo, centrado en la clase obrera blanca, Muzergues subraya que tanto Marine Le Pen en Francia como Donald Trump en Estados Unidos se han apoyado en esa clase para reclutar a sus militantes y obtener sus votos. "La geografía del apoyo a la Alternativa para Alemania (AFD), que ha hecho su entrada en el Bundestag en septiembre de 2017, muestra igualmente [una fuerte implantación] en las zonas obreras [abandonadas] de la antigua Alemania del Este" (pp.63-64). En cuanto al referéndum del Brexit, un análisis de los resultados muestra también "una proximidad entre el voto [anti-Unión Europea] y las regiones obreras, principalmente inglesas" (pp.64). En todos los países, se observa un deslizamiento del voto de izquierdas hacia la extrema derecha y el populismo xenófobo (p.64).

La clase obrera agrupa a "todas las profesiones que implican la producción de productos o de objetos tangibles, acabados o no. Ese trabajo necesita, por lo tanto, un trabajo más o menos manual, (...) sea en la fábrica, en el taller o, cada vez más, en [el campo]" (p.64). Esta clase obrera ha sido cooptada durante los Treinta Gloriosos por la clase media, aunque jamás haya sido plenamente integrada, manteniendo una identidad propia durante décadas. "Si comparte con la clase media provincial un cierto gusto por la uniformidad (...), se desmarca de ella, por ejemplo, en su relación a la ley" y a la autoridad (p.65). En ese sentido, "si [una] situación es legal pero injusta, (...) el uso de métodos ilegales para repararla es considerado aceptable" (p.65). A su vez, los obreros son menos sensibles a los valores familiares y a las tradiciones religiosas (p.65).

Hoy en día, la aparición de la identidad obrera blanca corresponde al retorno de una cultura de la comunidad de trabajadores en oposición a "los [empresarios], los aprovechados, los rompedores de huelgas, [en definitiva], a todos aquellos que impiden los obreros vivir decentemente de los frutos de su labor" (p.65). Pero, "si la cultura obrera sigue viva, su posición en la sociedad se ha deteriorado de manera casi continua desde la crisis petrolera [de mediados de los años setenta]. La demanda de mano de obra en las fábricas se ha considerablemente [reducido, como consecuencia] de la automatización de las tareas, así como de la apertura al mercado mundial" (p.66). Esto ha provocado una disminución numérica de la clase obrera. No en vano, "contracción no [significa] desaparición, y una parte de la clase obrera ha permanecido en sus antiguos feudos", aunque haya padecido una marginación progresiva (p.66). "Ese proceso de marginación es, [hoy en día], completo, tanto desde el punto de vista sociológico como geográfico: existen [actualmente] verdaderos guetos blancos en Estados Unidos, Gran Bretaña así como en Francia, Bélgica o Eslovaquia" (pp.66-67).

En estos barrios o municipios obreros, el *white trash* se opone a la presencia de extranjeros y practica el "entresimismo" para resolver sus problemas. "Están situados en el extremo periférico de las grandes ciudades, en los lugares a los cuales nadie quiere ir" (p.67). Se le añade una parte de la clase media menos educada, menos móvil y más vulnerable ante la globalización (p.67). Los residentes de estas zonas periféricas, lejos de los centros urbanos dinámicos, ejercen unas profesiones de servicios y están en vía de empobrecimiento: "el acceso a los empleos poco cualificados se ha rarificado de manera espectacular desde los años noventa, y [padecen con dureza] el cierre de numerosos servicios" (p.67). Además, "las poblaciones provenientes de la inmigración, a menudo no afiliadas a un sindicato, tienden a ser puestas en competencia con la clase obrera blanca en un mercado saturado, y poseen, por lo tanto, una ventaja sobre esta última" (p.68). Ese fenómeno ha conducido ciertos obreros blancos a oponerse a la inmigración (p.68).

A partir de mediados de los años ochenta, los obreros blancos se refugian en la abstención o el voto anti-sistema, al hallarse en competencia, "no solamente con la mano de obra extranjera en el exterior de sus fronteras nacionales, sino también con [los] ciudadanos recién llegados y mucho menos exigentes en lo que se refiere a sus nóminas y a sus condiciones de trabajo" (p.69). Para aquellos que no han tenido otra elección que permanecer en la clase obrera y sus zonas periféricas, "los últimos treinta años parecen haber correspondido (...) a un [profundo declive]": el cierre de fábricas, de servicios públicos y de servicios de proximidad ha coincidido con la bajada de su nivel de vida y el aumento de su frustración, "puesto que la deriva de sus territorios se ha hecho en la indiferencia casi general" (p.69). Esta franja de la sociedad, que ha visto sus condiciones de vida deteriorarse, teme caer en la precariedad y la pobreza (p.70).

Este sentimiento de declive, "vivido no solamente como una historia personal sino también como una tragedia [colectiva]", es rechazado, hoy en día, por la clase obrera (p.70). Tras replegarse sobre sí misma durante años, "ha decidido entrar en rebelión abierta contra el sistema" con el objetivo de retomar el control sobre sus vidas y sobre el país (p.70). Esa rebelión está alimentada por la sensación que tiene la clase obrera blanca de que "el Estado la ha completamente abandonado" (p.70). Aspira a volver a la edad de oro de los Treinta Gloriosos, "donde la clase obrera tenía un verdadero estatus y donde un obrero blanco, protegido y considerado, ganaba suficientemente para alimentar a su familia" (p.70).

El eslogan de campaña de Donald Trump, *Make America great again*, expresa el rechazo del declive y la voluntad de volver a un pasado idealizado. Para ello, el magnate ha propuesto el cierre de las fronteras, la lucha contra la inmigración ilegal y la reconstrucción de infraestructuras y, por lo tanto, la creación de empleo industrial. "Gracias a ese programa, el candidato Trump ha conseguido removilizar a una parte del electorado norteamericano que se había refugiado en la abstención, puesto que ninguna oferta correspondía realmente a sus propios intereses" (p.71). La capacidad de la extrema derecha y del populismo xenófobo a atraer el voto obrero se explica por varios factores. En primer lugar, "por su capacidad a hablar el mismo lenguaje que [los obreros]", lo que crea cierta proximidad (p.72). En segundo lugar, por su aptitud a "apoderarse de las problemáticas de la clase obrera y a reunir sus dos demandas principales", es decir el cierre de las fronteras y el retorno al Estado del Bienestar (p.72). En tercer lugar, por su propensión a desarrollar un discurso opuesto a la inmigración masiva y una retórica anti-extranjera (p.72). Estas temáticas se han convertido en centrales en el debate público y manifiestan un retorno notable de esta clase social en el panorama político (p.72).

En el cuarto capítulo, dedicado a los millenials, el autor constata que esta clase compuesta por jóvenes educados, mayoritariamente estudiantes, se ha involucrado en la campaña electoral de Bernie Sanders así como en el movimiento Occupy Wall Street en Estados Unidos (pp.73-74). En Europa, y concretamente en Francia, un electorado joven y cualificado ha llevado Jean-Luc Mélenchon a las puertas de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales con un discurso hostil a las élites y al libre-comercio (p.74). Lo que llama la atención es la propensión de los millenials, que han nacido entre 1982 y 1996, a rebelarse contra el sistema (p.74). Así, Mélenchon consigue el 30% de los votos entre los 18-24 años y el 24% entre los 25-34 años en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 (p.74). Esta clase social, que ha llevado la izquierda al poder en 2012, se ha desolidarizado de ella en 2016 con el movimiento Nuit Debout (p.75). De hecho, estos jóvenes educados y urbanos se sienten desclasificados o en vía de serlo (p.75). Ese fenómeno es común a varios países

Europeos, ya que "el auge de partidos como Syriza en Grecia y Podemos en España encuentra (...) su [origen] en los movimientos sociales que han [sido posteriores] a la crisis financiera del Sur de Europa al inicio de los años 2000" (p.75).

Estos jóvenes estaban considerados hasta hace poco como "el futuro del sistema contra el cual se rebelan hoy en día" (p.75). En efecto, manifestaban cierto apego a la diversidad, una fuerte creatividad debida a sus estudios universitarios y un notable individualismo, "sin olvidar [su destreza en el manejo de] las redes sociales que preveía a esta generación un porvenir radioso" (p.76). No en vano, en lugar de ocupar unos puestos de responsabilidad, "los millenials se han encontrado en los márgenes del [mercado laboral]", ejerciendo empleos sin sentido en open-space o cubicals en los cuales se han encontrado ante la dura realidad: "en lugar de manipular (...) símbolos (...), se han encontrado a transmitir [fragmentos] de información a otros colegas en una cadena cuya finalidad se les escapa" (p.76). Peor aún, numerosos jóvenes diplomados no consiguen encontrar empleos de calidad y los no-diplomados no hallan ninguno. "Es esta marginación y, sobre todo, la [diferencia] entre las expectativas muy elevadas de los millenials y la dura realidad económica, los que los llevará a rebelarse" (p.76).

Los millenials constituyen la generación más formada de la Historia. Sus estudios se prolongan y su inserción en el mundo del trabajo se retrasa. "Los millenials son también la primera generación criada en el culto del individualismo" (p.77). A menudo, al pensar que son únicos, creen merecer un trato de favor (p.77). "En el momento de entrar en el mercado laboral, tras [realizar] largos estudios, han considerado (...) que su estatus de generación más educada de la Historia (...) los llevaría rápidamente a la cumbre profesional" (p.78). La voluntad de saltar etapas resulta igualmente de la evolución del mundo en el que han crecido, donde los ejemplos de ascensos fulgurantes abundan. Esta tendencia es reforzada por los modos de vida actuales, ya que los millenials son la primera generación que ha crecido con Internet que permite el acceso inmediato al conocimiento, la compra online las 24 horas del día y la comparación generalizada (p.78). La revolución digital, además de modificar la relación al tiempo, ha alterado las relaciones humanas, "que se han convertido, a la vez, en más numerosas y distantes" (p.79).

Pero, es sobre todo en la relación a la propiedad privada que se nota un cambio fundamental, "ya que los millenials insisten en la importancia de vivir experiencias para una vida plena y se orgullecen, por lo tanto, de hacerlas pasar antes que la posesión de bienes" (p.79). Más aún, la propiedad privada es relegada a un segundo plano con la aparición de la economía colaborativa (p.79). No en vano, la realidad es que, en Europa, "la tasa de desempleo de los jóvenes es generalmente el doble de la de los mayores de 35 años" (p.81). Esto provoca una tendencia a la baja de los salarios de los jóvenes diplomados y una propensión superior a aceptar empleos que están alejados de su formación inicial (p.81). En ese sentido, a pesar de su formación, su ímpetu y sus ideas, los millenials se han convertido en una generación sacrificada. Tras permanecer silenciosos, se han radicalizado e involucrado en protestas (pp.81-82).

Políticamente, desean "transformar radicalmente la sociedad y un sistema económico que no funciona (...) para ellos" (p.82). A nivel social, promueven la diversidad y defienden los derechos de las minorías discriminadas, a la imagen de los homosexuales (p.82). Esta generación tolerante, especialmente sobre las cuestiones raciales, religiosas y sexuales, se muestra más cerrada "cuando debe enfrentarse a la diferencia intelectual" e ideológica (pp.82-83). Esta tolerancia selectiva es la expresión de "la frustración de los millenials hacia sus mayores considerados como [unos] egoístas" (p.83). No obstante, "los millenials parecen olvidar su propio egoísmo y su voluntad de acceder a todo enseguida" (p.83).

En rebelión contra el sistema, buscan movilizarse detrás de "unos líderes que parecen ser (...) auténticos" (p.84). Así se entiende la atracción que han podido ejercer jóvenes líderes como Alexis Tsipras y Pablo Iglesias o políticos experimentados como Jeremy Corbyn, Bernie Sanders o Jean-Luc Mélenchon, ya que han sido fieles a los idearios de izquierdas y no se han comprometido con los poderes financieros. En ese sentido, manifiestan su apego a la autenticidad y la credibilidad de estos líderes políticos (p.85). Al considerar que no tienen nada que perder, "ven en estos líderes de una izquierda intervencionista a nivel económico y libertaria a nivel [societal] unos campeones detrás de los cuales pueden reunirse" (p.85). A través de estos líderes que se han apoderado de sus temáticas,

los millenials han conseguido hacer avanzar unas reivindicaciones que se han instalado en el debate público, a veces aliándose a antiguas fuerzas políticas (p.86).

Al término de esta primera parte, la presentación de las cuatro nuevas clases sociales permite mejorar nuestra comprensión de la descomposición y recomposición sociopolítica a la obra en Occidente. En todos los países, "los viejos sistemas políticos son barridos y nuevas fuerzas emergen. [Sumergen] los sistemas institucionales bipartidistas en crisis profunda, (...) cambian [el panorama político] imponiendo un nuevo sistema cuatripartidista, (...) o hacen estallar los viejos equilibrios sin que uno pueda emerger de manera certera" (p.86). Hoy en día, nos dice Muzergues, "los términos del debate están dictados por cuatro clases": la clase creativa, la clase media provincial, la clase obrera blanca y los millenials (p.87). Para el autor, ningún discurso movilizador puede concebirse sin una relación casi filial con una de estas clases (p.87). Bien es cierto que "ninguna de estas categorizaciones es perfecta y pocos individuos van a integrarse exactamente en las [cuatro] clases definidas [previamente]" (p.87).

Contrariamente a la teoría marxista de las clases sociales, "que ve en cada clase un objeto determinado al comportamiento bien definido, [esta] concepción de las cuatro clases sociales deja [cierta] libertad a cada individuo: algunos corresponden (...) perfectamente a la descripción de una de estas cuatro clases, pero muchos [navegan] entre varias [clases] durante su vida (...) en función de sus experiencias" (p.88). Si esto no impide un comportamiento colectivo específico a cada clase, "esta fluidez modifica las condiciones de adhesión en el seno de cada grupo" (p.88). Además, "la realidad de la relación entre [estas] cuatro clases no está tan fijada como podríamos imaginarlo" (p.88). Al tratarse de un partido a cuatro y no a dos, el panorama es más complejo y "los comportamientos de unos hacia otros son diferentes en función de las problemáticas de cada uno, de la relación de fuerzas a nivel demográfico, pero también de la estrategia de los líderes de cada [clase]" (p.89). Por lo tanto, la interacción entre las cuatro clases que forman, hoy en día, las cuatro principales corrientes políticas, va a variar en el tiempo y en el espacio (p.89).

En la segunda parte, titulada "De cuatro clases a la cuadratura", el politólogo galo recuerda que "la conjunción del principio mayoritario y de la existencia de cuatro clases rivales [en las democracias occidentales] plantea un problema: [excepto si admitimos que] una de ellas es mucho más numerosa que [todas] las demás reunidas, estas clases, que no esconden el desprecio que tienen unas para otras, deberán cooperar para poder ejercer el poder" (p.93). Por lo cual, en cada país, asistimos "a la formación de nuevas coaliciones entre [estas] cuatro clases para ganar una elección" (p.93). En el supuesto de que la relación de fuerzas sea equilibrada entre estas clases, si una de ellas moviliza a su propia base y se alía a un socio leal y/o moviliza a un segundo electorado, "tiene buenas oportunidades de formar una mayoría de gobierno, sobre todo si su o sus adversarios son incapaces de entenderse o de movilizar las clases que deben supuestamente representar" (p.94). Es lo que ha sucedido en 2016 durante las elecciones presidenciales norteamericanas (p.94), dado que, "partiendo de un electorado estrictamente obrero y periférico, Donald Trump ha conseguido movilizar a la clase media provincial contra Hillary Clinton" (p.94).

En teoría, todos los escenarios cooperativos pueden ser contemplados entre las clases, aunque algunos sean más probables que otros. Así, la alianza entre la nueva minoría obrera blanca y la clase media provincial ha permitido la victoria del Brexit en el Reino Unido y la de Donald Trump en Estados Unidos (p.94). En la práctica, casi todas las combinaciones han sido experimentadas. Mientras que algunos de estos intentos han sido exitosos, otros no han conocido semejante desenlace (p.95). De hecho, para conocer el éxito, es imprescindible que un candidato o un partido tenga la capacidad de afirmarse como el portavoz de una de las cuatro clases y de crear una relación de fuerza "antes de poder ampliar su base a otra o a varias clases" (p.95). Los puntos de partida no son idénticos, dado que cada país tiene "su tradición política, sus reglas electorales, así como su sociología, con sus relaciones de fuerza" (p.95). La fuerza de cada clase en cada país incide en el potencial de cada coalición (p.95).

En el primer capítulo de esta segunda parte, consagrado a una comparativa entre Francia y Estados Unidos, Muzergues observa que las estructuras sociológicas de estos países tienen numerosos puntos en común (p.96). En efecto, las "cuatro clases están bien presentes en las sociedades norteamericanas y francesas, y la [recomposición] ya está iniciada y [cada una] posee un movimiento representativo y un [líder]" (p.96). A pesar de partir de tradiciones políticas completamente diferentes, estos dos países se han aproximado políticamente en

los últimos años. Esta aproximación transluce tanto en los estilos como en las técnicas, con la instauración de las primarias abiertas en la izquierda así como en "la influencia de numerosos asesores que han participado en las campañas" de Obama, Clinton y Sanders (p.98). Además, los vínculos intelectuales entre ambos países se han reforzado y las sociedades francesas y norteamericanas, a pesar de ser muy diferentes en sus visiones y en sus problemáticas sociales, han seguido unas trayectorias paralelas durante estos últimos años, especialmente con la aparición de las cuatro clases mencionadas previamente (p.98).

A todo ello se añade el hecho de que, en ambos países, cada clase ha encontrado su líder para representarla en las elecciones presidenciales (p.98). Así, mientras Hillary Clinton representaba a la clase creativa, los candidatos republicanos excepto Trump han abanderado la clase media provincial, el futuro presidente ha defendido los intereses de la clase obrera blanca y Bernie Sanders ha hecho lo mismo con los millenials (p.99). De manera similar, mientras que Emmanuel Macron defendía la clase creativa, François Fillon ha hecho algo comparable con la clase media provincial, dejando a Marine Le Pen y a Jean-Luc Mélenchon la tarea de representar, respectivamente, a los obreros blancos y a los millenials (p.99).

Además, la mutación social se ha producido en ambos países "tras la victoria de las mismas coaliciones durante los años 2008-2012. En efecto, durante ese periodo, los éxitos de Barack Obama (en 2008 y en 2012) y de François Hollande (en 2012) se han basado, cada uno, en una coalición similar entre clase creativa, minorías étnicas y millenials" (p.99). En ambos casos, las razones son parecidas, a pesar de las diferencias en cuanto al carisma de los candidatos. Se trata del rechazo de las políticas y de las personalidades de los presidentes salientes (Bush y Sarkozy), de la promesa de una promoción de la diversidad cultural y étnica, y de una defensa de la igualdad social (p.100). No en vano, las coaliciones vencedoras se han debilitado rápidamente como consecuencia de la "marginación de los millenials en el espacio económico y su radicalización en la esfera social" (p.101).

En Estados Unidos, los millenials han apoyado durante la última campaña a Bernie Sanders y "sus promesas de igualdad y sus soluciones radicales a los problemas de la juventud, especialmente la deuda estudiantil" (p.102). Al contrario, la clase obrera blanca se ha entusiasmado desde el inicio por el candidato millonario, mientras que la adhesión de la clase media provincial ha sido posterior y menor al no estar convencida por el estilo directo y vulgar de Trump. A pesar de estas reticencias, ha acabado apoyándole por su voluntad de reformar el obamacare, de reducir los impuestos, y, sobre todo, por su rechazo de Hillary Clinton (pp.102-103).

En Francia, la primera vuelta de las elecciones presidenciales de 2017 ha sido muy reñida con escasas diferencias entre los cuatro principales candidatos, al ser inferiores a cinco puntos. Cada candidato ha sido capaz de movilizar al electorado perteneciente a la clase social que representaba (pp.103-104). A lo largo de su mandato, François Hollande ha oscilado entre políticas que favorecían a los millenials al inicio y a la clase creativa al final, de modo que su posicionamiento carezca de claridad y ni la una ni la otra hayan apoyado el candidato socialista Benoît Hamon (p.104) que ha cosechado únicamente el 6,36% de los votos. Simultáneamente, el "Penelope Gate" ha sido fatal a François Fillon, ya que la clase media provincial, apegada a la ética protestante del trabajo, ha sancionado su falta de honestidad y ha optado por Emmanuel Macron que defendía un programa económico liberal en el que podía reconocerse (p.105). En la segunda vuelta, los resultados han confirmado las alianzas de las clases sociales vislumbradas tras la primera vuelta, en la medida en que "Marine Le Pen, que [había recabado la mayoría de los votos de la nueva minoría blanca], no ha conseguido ampliar su base a otra clase" (p.106).

Por lo tanto, las cuatro clases han estado en el centro de las campañas norteamericanas y francesas de 2016 y 2017. "Han definido sus problemáticas [como consecuencia] de su aparición, y su nivel de movilización ha convertido las elecciones en tan reñidas como controvertidas" (p.106). A su vez, "la capacidad de cada candidato para consolidar su clase y proyectarse en otra ha sido clave en la victoria de cada país", aunque las coaliciones hayan sido diferentes en cada una de ellas (p.106). En ambos casos, se observa una tasa de aprobación relativamente débil al inicio de los mandatos respectivos de los presidentes electos, en torno al 39% de opiniones favorables, y una consolidación de sus electorados (p.107).

La situación es comparable en la mayoría de los países de Europa del Noroeste. "Corazón económico actual del continente, la región atrae a numerosos miembros de la clase creativa. (...) Centro histórico de la revolución

industrial, (...) abrita igualmente a un gran número de miembros de la clase obrera" (p.111). Como consecuencia de su importancia económica, "es también el lugar en Europa donde la clase media provincial es la más numerosa y ocupa un lugar preeminente en el electorado" (p.111). Por último, en razón de su carácter atractivo para la inmigración, incluso proveniente de otros países europeos, dispone de "un número suficientemente elevado de millenials para permitirles [influir] en cualquier elección" (p.111). Una división regional de esta zona europea conduce a una constatación comparable. "De Manchester a Viena, estamos en el corazón [del] 'plátano azul', la locomotora industrial de Europa que se ha transformado poco a poco en su centro creativo. Esta transformación económica ha [propiciado] la aparición de los creativos y, por lo tanto, de las problemáticas societales que dan miedo a la burguesía [provincial], mientras que la nueva minoría [blanca] es deportada hacia una posición cada vez más precaria" (pp.111-112).

En el capítulo siguiente, centrado en la Europa central y oriental, Muzergues constata que estos países no escapan a la recomposición de sus panoramas políticos, "probablemente con más fuerza todavía que en el resto de Europa" (p.133). De hecho, "con sistemas de partidos creados hace apenas una década, los esquemas previamente contruidos por las nuevas élites poscomunistas durante los años noventa siguen siendo frágiles" (p.133). Estos partidos no han resistido a las consecuencias de la crisis de 2008, con, por ejemplo, "el derrumbe de la izquierda [húngara] en 2010 (...) o el de la derecha demócrata cristiana eslovaca en las elecciones legislativas de 2012" (p.133). Además, Europa del Este ha conocido cambios políticos mucho más violentos que el resto del viejo continente. "Varios de estos países conocen así desequilibrios institucionales que, a largo plazo, amenazan la democracia" (p.133). Ese desequilibrio, nos dice el autor, se explica "por el predominio de la clase obrera blanca y, más generalmente, de la nueva minoría [blanca] en los países de Europa central" (p.133).

En efecto, la región está todavía marcada por "la [experiencia] comunista de los años 1945-1991 y la dominación soviética ha dejado [su herencia] por todas partes, incluso en el tejido económico (...) y la mentalidad de las poblaciones" (p.133). De hecho, el régimen comunista pretendía convertir la clase obrera en una clase media. Una clase media menos adinerada que en Occidente y con una cultura popular enraizada que agrupase, en una misma comunidad socialista, a médicos, profesores, militares y obreros (p.134).

La implosión del sistema económico comunista y la caída del Muro de Berlín han cambiado la situación. "La mayoría de las fábricas y de las minas, completamente inadecuadas a la economía de mercado, [tuvieron que cerrar sus puertas], mientras que unas profesiones hasta entonces (...) respetadas [se devaluaron completamente] como consecuencia de una dependencia a un Estado en vía de desmantelamiento avanzado" (p.134). En pocos meses, sectores enteros de la población pasaron de un estatus social envidiable, con un trabajo de por vida, a la marginación (p.134). Excepto las élites comunistas que se reconvirtieron rápidamente, dos categorías de la población han aparecido: las que, partiendo de los antiguos centros industriales, se han convertido a la economía de mercado, formando la nueva clase media, a menudo provincial y casi siempre conservadora; y, "la que ha permanecido en unos *rust belts* convertidos en verdaderos guetos sociales" (p.135).

La debilidad relativa de los creativos se explica por "la transición difícil de estos países a la economía de mercado y por la herencia comunista" (p.135). La clase creativa no parte de una posición favorable y es incluso, en ciertos casos, "asociada, a partir de los años 2000, al caos económico de la transición económica de los años noventa" (p.136). A esta debilidad de la clase creativa se añade la de los millenials. De hecho, a la bajada de la fecundidad se adiciona "una emigración casi constante de los jóvenes diplomados hacia la Europa del Noroeste donde se halla la mayoría de los creativos" (p.136). Solo recientemente "las ciudades de Europa central y oriental se han convertido en [zonas] creativas que pueden atraer y, sobre todo, conservar a los [burgueses bohemios] y a los millenials, [aprovechándose] de costes [laborales inferiores]" (p.137). No en vano, este movimiento reciente no debe ocultar "la relativa pobreza numérica de los creativos y de los millenials, que siguen siendo ampliamente minoritarios en las sociedades poscomunistas, y deben, por lo tanto, aliarse para existir en la escena política" (p.137). Sus intentos de alianzas han fracasado a menudo, ya que "su búsqueda de transparencia y de diversidad se enfrenta a menudo a una cultura de la uniformidad heredada del periodo socialista" (p.137).

Ese contexto sociológico explica el rechazo mayoritario del liberalismo asociado a los burgueses bohemios. Los creativos y los millenials, al estar concentrados en los principales centros urbanos, los líderes políticos promueven

una democracia iliberal que valora la uniformidad social. Se dirigen preferentemente a la clase obrera blanca (p.137). Así, Victor Orban en Hungría fomenta la "defensa de las tradiciones contra el liberalismo occidental cosmopolita amalgamado con la clase creativa que se convierte en el enemigo interno; [la] promoción de la uniformidad pasa, a menudo, por la de un pasado glorioso" intencionadamente reconstruido (p.138). Este discurso permite a Orban ganar el apoyo de la clase media provincial y de la clase obrera blanca que le confieren una mayoría absoluta (p.138). En ese sentido, incluso si la clase obrera blanca sigue siendo dominante en la Europa central y oriental, "la clave de la victoria electoral en la región estriba (...) en la capacidad de un candidato a convertirse en el [portavoz y líder] de [esta] clase o, [en menor medida], de la clase creativa, y, [posteriormente], a seducir una mayoría del electorado de la clase media" (p.145).

En el último capítulo, que se interesa por la Europa del Sur, el politólogo galo recuerda que los países que la componen han conocido una mutación socioeconómica durante los años ochenta y noventa que ha desembocado en un fuerte crecimiento. Sin embargo, la situación se ha deteriorado a partir de los años 2000 con la estagnación de Italia y, posteriormente, con la recesión consecutiva a la crisis financiera de 2008 (p.147). La crisis ha afectado especialmente a los países del Sur de Europa en razón del estallido de la burbuja inmobiliaria, del elevado endeudamiento privado y de la fragilidad del sistema bancario. Los Estados han rescatado a los bancos con dinero público, lo que ha provocado un elevado endeudamiento público que ha obligado los gobiernos, bajo la presión de los mercados financieros, a aplicar políticas de austeridad. Estas políticas de recorte han tenido notables consecuencias sociales. De hecho, "la experiencia de la crisis ha cambiado radicalmente la composición social de la Europa del Sur y, con ella, su clima sociopolítico (p.148).

La política de la región está dominada por los millenials situados en los márgenes de la sociedad. "Si la extrema derecha está poco presente, (...) el populismo de izquierdas está en pleno auge: asociado al poder en Portugal, [tiene las riendas del poder] en Grecia y sigue [estando] muy presente en España" (p.148). Ese protagonismo de los millenials se explica por el elevado nivel de desempleo juvenil: el 35,1% en Italia, el 38,7% en España y el 43,3% en Grecia (pp.148-149). Eso implica que "los Estados de Europa del Sur [deban] enfrentarse a la marginación de todo un sector de la población [al estar] completamente excluido del sistema económico" (p.149). Además, "la crisis social [posterior a] la crisis económica ha sido tan fuerte que ha [condenado] a toda una parte de la clase creativa y de la clase media a un estatus similar al de los millenials" (p.149). Es el caso de los arquitectos en España, tras el derrumbe del mercado inmobiliario (p.149). Así, los millenials han visto sus efectivos aumentar "con la llegada de creativos desclasificados en una situación comparable a la suya" (p.149).

Ese contexto explica los éxitos del populismo de izquierdas, "con una tasa de elegibilidad que varía en función de la amplitud de la crisis en cada país" (p.149). Grecia ha pagado el mayor tributo a la crisis, dado que "la renta de los hogares ha bajado de más de un tercio entre 2007 y 2013" (p.149). En realidad, estas cifras esconden verdaderos dramas personales y la ruina de familias enteras (p.150). Esto ha propiciado la aparición de una nueva oferta política de izquierdas. "Proveniente del movimiento eurocomunista, el partido Syriza [ha tomado el relevo] de los movimientos sociales contra la austeridad, llevado principalmente por los jóvenes" (p.150). Recibe el apoyo de los jóvenes, desempleados, precarios y urbanos (p.150). En 2012, Syriza consigue el 26,89% de los sufragios en la población en general pero obtiene el 45,5% de los votos entre los 18-24 años (p.150). Por lo cual, la presión sociodemográfica ha transformado completamente el panorama político griego cuya primera víctima ha sido el PASOK que ha pasado del 43,92% al 6,3% entre 2009 y 2015 (p.151).

La política española se ha visto igualmente sacudida por el final del bipartidismo tras la irrupción de dos nuevos partidos (p.152). Ciudadanos representa a los urbanos creativos que forman alrededor del 15% del cuerpo electoral y sus líderes son, a menudo, antiguos abogados, periodistas o economistas que han realizado una parte de su carrera universitaria en el extranjero y que dominan el inglés. Su electorado es relativamente similar, ya que es "urbano, educado, relativamente joven y globalmente bien insertado en la globalización" (p.153). La irrupción de Podemos ha sido más espectacular aún, ya que obtiene el 20,7% de los votos en 2015. Ese éxito resulta de su filiación con el movimiento de los Indignados que constituye un componente de la identidad del partido: "con un discurso que [opone] el pueblo a la casta, Pablo Iglesias se presenta como un defensor creíble (...) de una clase de millenials" cuyos efectivos han aumentado considerablemente como consecuencia de la crisis (p.153). Podemos

ha creado una dinámica capaz de reunir inicialmente al electorado joven cuya tasa de desempleo alcanzaba el 55% en 2013, "antes de poder extender su capital de simpatía a los miembros de la clase creativa y de la clase media fragilizada por la crisis y, especialmente, las profesiones intelectuales" (p.154).

Italia ha asistido a la irrupción y/o transformación de los partidos populistas: el Movimiento Cinco Estrellas de Beppe Grillo y la Liga de Matteo Salvini (p.156). La crisis italiana se inicia antes de 2008, ya que este país padece un crecimiento débil desde mediados de los años noventa. Si las consecuencias de la crisis de 2008 no han sido tan espectaculares que en España o en Grecia, "se añaden a años de declive para formar un coctel explosivo" (p.157). En ese sentido, "el primer ingrediente es (...) la frustración de una juventud sacrificada (...), con una tasa de desempleo [juvenil muy elevada]" (p.157). En ese contexto, ha prosperado el M5S liderado por Beppe Grillo que asocia una indefinición ideológica con un tono provocador que atrae a los millenials. "Cuando decide lanzar el M5S en 2009, el partido es (...) un prototipo del movimiento millenials: centrado en los debates *online*, con unos posicionamientos [poco identificables ideológicamente] y unas temáticas inesperadas como el medio ambiente, el partido [populista ha respondido] a las expectativas de los jóvenes electores" (p.158). Inicialmente, el electorado del M5S era "relativamente joven, a menudo masculino, residente en el Norte del país y en ciudades medianas y pequeñas. Ese electorado forma todavía, hoy en día, el núcleo duro del Movimiento" (p.158). Esta base se ha ampliado hasta conseguir el 25% de los votos en las elecciones legislativas de 2013. Además de consolidar el electorado millenials, consigue atraer a nuevos electores residentes en las ciudades medianas del centro del país así como a trabajadores precarios y a desempleados (p.159). Paralelamente, la Liga, liderada por Matteo Salvini, ha radicalizado su discurso sobre la Unión Europea y la inmigración para atraer a la clase obrera blanca y parte de la clase media provincial de todo el país (p.160).

En el apartado de conclusiones, el autor recuerda que las cuatro clases sociales descritas están omnipresentes en todos los países occidentales. "Las encontramos en Europa del Noroeste, donde la clase media provincial posee todavía la ventaja del número y sigue siendo ineludible para cualquiera que desee obtener una mayoría; en Europa central y oriental, [como consecuencia de la herencia comunista], la clase obrera blanca [es más numerosa] a medida que uno se desplaza hacia el Este; y, [por último], en la Europa del Sur, la crisis financiera se ha transformado en [una] crisis social especialmente aguda, [reforzando los efectivos] de los millenials y provocando la aparición de nuevas fuerzas políticas" (p.163).

En cuanto a las dinámicas de alianzas que permiten construir unas mayorías de gobierno, convertirse en el portavoz de una clase es insuficiente para acceder al poder (p.163). Como lo subraya Muzergues, "prácticamente todas las combinaciones han sido probadas, con más o menos éxito, excepto la alianza clase creativa-nueva minoría [blanca], y la coalición millenials-nueva minoría [blanca] es todavía experimental y su eficacia queda por demostrar" (p.164). Las combinaciones ganadoras son las siguientes:

- - "La primera agrupa clase creativa y millenials" (p.164). Es la que ha llevado Barack Obama y Justin Trudeau al poder, aunque la radicalización de una parte de la juventud pueda ponerla en peligro (p.164).
- - "La segunda alía clase creativa y clase media provincial. Es la coalición ganadora de Emmanuel Macron" (p.164). Si se trata de una combinación poderosa, es frágil cuando el debate gira en torno a la inmigración (p.164).
- - "La tercera consiste en la aproximación entre clase media y nueva minoría [blanca]. Es la alianza que ha elegido a personalidades como Donald Trump" (p.165).
- - La cuarta consiste en "una alianza entre millenials y clase media provincial" (p.165). Es menos frecuente en razón de intereses económicos y sociales opuestos, y se produce preferentemente a nivel regional (p.165).

Esto demuestra que la clase media provincial permanece en el centro del juego, constituyendo la clase primordial del sistema electoral (p.166). No en vano, si durante los años noventa, esta clase era claramente mayoritaria al aglutinar al 60% del electorado, lo que conducía los partidos a adoptar posiciones centristas, hoy en día, incluso en la Europa del Noroeste, "la clase media provincial se ha convertido en una clase entre otras tantas y sus intereses no [coinciden] necesariamente con los de la sociedad en su conjunto" (p.166). De hecho, actualmente

prevalece un sistema basado en cuatro clases, lo que provoca una mayor flexibilidad y un número superior de alianzas posibles, lo que, paradójicamente, puede contribuir a "estabilizar el sistema" (p.168).

Al término de la lectura de *La quadrature des classes*, cuyo subtítulo es "Cómo las nuevas clases sociales alteran los sistemas de partidos en Occidente", es obvio reconocer la originalidad de la perspectiva elegida por Muzergues que consiste en priorizar los valores y las visiones del mundo a la hora de definir a las clases sociales, lo que le permite identificar cuatro clases sociales: la clase creativa, la clase media provincial, la clase obrera blanca y los millenials. Cada clase es descrita con precisión, tanto en su composición como en sus hábitos, referencias y preferencias políticas. Una vez identificadas estas clases, analiza las posibles alianzas entre al menos dos clases, dado que es un sistema cuadripartidista y no bipartidista. Estas alianzas, más o menos probables, se caracterizan por su fragilidad tanto en el tiempo como en el espacio. La propuesta analítica del politólogo galo permite comprender los fenómenos emergentes y dar cuenta de la recomposición política a la obra en los países occidentales.

No en vano, a veces, al referirse a Occidente sin otro matiz, ofrece una lectura única para los Estados Unidos y los países europeos cuando las realidades respectivas son dispares, de modo que lo que sea válido para uno no lo sea necesariamente para el otro. A su vez, ciertas afirmaciones son cuestionables, como cuando avanza que existen guetos exclusivamente blancos, cuando las investigaciones llevadas a cabo, por ejemplo por Eric Maurin (2015), demuestran que los únicos guetos blancos existentes tanto en Estados Unidos como en Europa son los guetos de ricos. De la misma, contrariamente a lo que avanza el autor, los intereses de los obreros blancos y de las minorías étnicas no se oponen ya que la mayoría de los inmigrantes o de sus descendientes pertenecen a la clase obrera al verse orientados, preferentemente y a menudo a su pesar, hacia las profesiones manuales de producción. Por último, Muzergues tiende a realizar una correspondencia sistemática entre la pertenencia a una clase social y una preferencia política determinada cuando el abanico de posibilidades es mucho más amplio.

A pesar de estas reservas, la lectura de esta obra novedosa y que suscita la reflexión es altamente recomendable para cualquier persona interesada en la recomposición social y política a la que se enfrentan las sociedades occidentales.

BIBLIOGRAFÍA

Blair, Tony y Giddens, Anthony (2002). *La troisième voie: le renouveau de la social-démocratie*, París, Seuil.

Florida, Richard (2012). *The Rise of The Creative Class*, Washington, Basic Books.

Fourastié, Jean (1979). *Les trente glorieuses ou la Révolution invisible de 1946 à 1975*, París, Fayard.

Maurin, Éric (2015). *La fabrique du conformisme*, París, Seuil.

Muzergues, Thibault (2018). *La quadrature des classes*, Bordeaux, Le Bord de l'Eau.

Reich, Robert (1992). *The Work of Nations*, New York, Vintage Press.